

El 2 de Abril

Documentos curiosos

Hoy que se conmemora una de las jornadas en que más se ha cubierto de gloria nuestro Ejército, creemos oportuno publicar los siguientes datos tomados de los originales que conserva el señor General Manuel Santibáñez y documentos tan importantes como la orden de la Plaza, expedida el 2 de Abril de 1867, pues no existen ejemplares de esa orden, ni en la Secretaría de Guerra así como creemos que su publicación agrandaré y será útil, principalmente para los militares.

EL 2 DE ABRIL. Muchos y muy esclarecidos talentos se han ocupado ya, al celebrarse el aniversario de la gloriosa jornada, en narrar minuciosamente los episodios de aquella escena, calificada como la más trascendental del desencadenamiento de las batallas de la Intervención y del Imperio.

Generalmente después de una acción en que el éxito corona los esfuerzos del soldado, quedan documentos oficiales que presentan de una manera completa, a las generaciones venideras, todos los pormenores de la lucha; pero tratándose del 2 de Abril, todo quedó desmenuado, y sólo después de mucho trabajo, el Sr. Santibáñez ha podido reunir preciosos datos.

ANTECEDENTES.

El 11 de Febrero de 1867, abandonaban nuestro suelo las tropas francesas, abrazando un total de 23,000 hombres y 351 caballos que en medio de la más grande demoralización se embarcaron en Veracruz, comenzando así a dispersarse en negras nubes tendidas sobre casi toda la República Mexicana. Corona y Hosalés en Occidente, Rincón Gallardo en Guanaxtlan, Kérules, Riva Palacio y Vélez operando en Michoacán y México, Escobedo triunfando sobre las tropas de Miramón en San Jacinto, Carbajal en Querétaro, Álvarez en el Sur, Díaz en Oaxaca, Baranda y Benavides en Veracruz, Pérez Figueroa en Zempoala, todos luchaban por la reivindicación de los derechos del Pueblo, en tanto que el imperialista Méndez, corría rumbo a Querétaro en auxilio del Archiduque.

El 19 del mismo mes, Maximiliano salió para Querétaro, donde llegó seis días después. EL SITIO DE PUEBLA. El General Díaz, unido a los Sres. Generales Alatorre, Méndez y otros Jefes, se dirigió a Puebla, y el sitio comenzó el 9 de Marzo. Segun cálculos de testigos presenciales, las fuerzas imperialistas que defendían la Plaza de Puebla, se componían de 3000 hombres, al mando del Gobernador General Manuel María Ortega, hombre anciano, apático, enfermo y enfermo. Le servía de Secretario el Lic. D. José Rafael Córdoba, persona de cierto talento, orgulloso y al General en Jefe, Mandaba como segundo en jefe el valiente Febronio Quijano, y había además entre los imperialistas, Jefes notables como Calderón, Tamariz y Hermenegildo Carrillo.

Estas fuerzas contaban con más de cien piezas de artillería y suficientes pertrechos de guerra, en tanto que las fuerzas sitiadoras, poco numerosas y mal pertrechadas, no podían estrechar el sitio en una plaza tan poderosa como Puebla. MOMENTO DECISIVO. Después de muchos días de lucha, la noticia que recibió el señor General Díaz de que Márquez había salido de México, el 30 de Marzo, para ir en auxilio de la plaza sitiada, vino a definir aquella situación, tal vez dentro de poco inasistible, no obstante los resplandores a cada instante, pues se había suscitado una verdadera competencia en abnegación y buen servicio: el General Díaz se multiplicaba, apareciendo siempre en los momentos en que mayor era el peligro.

Los Jefes Alatorre, González, Terán, Bonilla, León, Carbo, Cravioto y Santibáñez, seccionados de brecha en el General en Jefe, hostilizando el Cármen, que estaba bizarramente defendido, tomaban Carrion el convento de San Javier, penetrando muchas veces hasta la Alameda y los baños de Carreto, para batir al enemigo, incendiando, colocando bien situadas piezas de artillería y abriendo brecha en las fortificaciones de Belén.

JUNTA DE GUERRA. Decíamos que el General Díaz tuvo noticia

de la aproximación de Márquez y esto, unido a la crítica situación en que se encontraban sus soldados, convocó una junta de guerra que fué una generosa competencia de abnegación y de bravura, pues todos los jefes deseaban arrastrar el mayor peligro. Allí se decidió el asalto de la plaza, que fué aceptado por aclamación, no obstante que la empresa era ardua, atrevida, temeraria. Se guardó la más estricta reserva acerca de esta determinación, y se convino en que la contraorden del asalto sería una lumbrada en la cima del cerro de San Juan.

EL 1.º DE ABRIL. Puebla presentaba un aspecto silencioso y siniestro: los hospitales estaban llenos de heridos y las familias emigraban. Los imperialistas estaban un tanto tranquilos, sabiendo que Márquez estaba próximo a llegar. El General Díaz, por medio de algunos movimientos falsos, hizo sospechar que trataba de levantar el campo, y nadie pensó que se aventurara al asalto de una plaza que parecía inexpugnable.

A las doce de la noche de ese día, el Sr. General Alatorre dictaba por acuerdo del General Díaz, la orden que publicamos, y a la cual siguieron las otras que también insertamos.

Orden General del Cuerpo de Ejército de Oriente del 2 al 3 de Abril de 1867, en Puebla de Zaragoza.

General de día para hoy C. General Ignacio R. Alatorre. Jefes de día CC. Tenientes Carlos Guillermo Carbó é Ireneo Reyes. Ayudantes de guardia con el ciudadano General en Jefe, CC. Comandante de Escuadrón José María Buchch y Capitán Ramón Torres. En el Cuartel Maestro C. Teniente Coronel Miguel España. Teniente Coronel de hospital 1.º División.

El servicio de plaza lo cubrirá la 2.ª en los términos que está ya dispuesto. Se recomienda a los CC. Generales Jefes de las Divisiones que tomen cuantas provincias sean necesarias para que el armamento, municiones, herramienta de zapa y cualesquiera útiles de guerra de los tomados al enemigo, sean enviados al parque general situado en el edificio de Santa Clara; así mismo se les recomienda sean remitidas al propio edificio las herramientas que tenía distribuidas al Ejército para los trabajos sobre la plaza y los fauces de tierra que sea posible recojer.

El General en Jefe del Cuerpo de Ejército, manifiesta a los CC. Generales, Jefes, Oficiales y tropa que lo componen, que está altamente satisfecho por el brillante comportamiento que han tenido en la jornada memorable de este día; su denuesto, bizarría y cumplimiento exacto de las órdenes que les fueron dadas, produjeron un resultado el primero en nuestros fastos militares, cual es el de que esta ciudad, por varias causas fuerte hubiera sido tomada por asalto. Conducta tan noble y valerosa será puesta en conocimiento del Supremo Gobierno, a cuyo nombre da el mismo C. General en Jefe las gracias a este cuerpo de Ejército.—El Cuartel Maestro.—General Andrade.—C. España.

•Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Con fecha de ayer dije al C. Ministro de Guerra y Marina lo que sigue:

•Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de Artillería y un depósito abundante de parque. •Don Febronio Quijano, Don Mariano Traujeiro y otros veinte Jefes y oficiales traedores fueron hechos prisioneros y ejecutados con arreglo a la ley. •Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los cerros de Guada-

lupe y Loreto, en espera del auxilio que trae Don Leonardo Márquez, y este, según los informes de mis exploradores pernoctó ayer en San Nicolás, con una división de tres a cuatro mil hombres y dieciocho piezas de artillería.

•Aun no puedo decir a vd. las operaciones que me propongo ejecutar; pero sí me creo en aptitud de asegurarle, que los cerros sucumbirán y Márquez está abatido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices.

•En uno y otro caso, muy pronto estará sobre el Valle para acudir en auxilio del Ejército del Norte ó emprender sobre México, según mejor convenga. •Sírvase vd. poner lo dispuesto en el superior conocimiento del ciudadano Presidente de la República, asegurándole de nuevo las seguridades de mi respeto.

•Y lo transcribo a vd. para su conocimiento, reiterándole mi distinguido aprecio. •Independencia y Reforma, Zaragoza, Abril 3 de 1867.—Porfirio Díaz.—Ciudadano Gobernador del Estado de Oaxaca.

Orden General del Cuerpo de Ejército de Oriente del 4 al 5 de Abril de 1867 en Puebla de Zaragoza.

C. General de día para hoy, Luis Figueroa; Jefes de día para hoy, CC. Teniente Coronel Ramón Bandala y Juan Higareda; ayudantes de guardia con el C. General el Jefe, CC. Tenientes Coronel Isidro Castellanos y Teniente Coronel Comandante de Batallón, Francisco Mena.

—En el Cuartel Maestro, C. Comandante de Batallón Angel Peralta.—El servicio lo cubrirá la fuerza que no marche como lo sea conveniente.—De orden del Cuartel General queda separado de la mayoría de órdenes de la 1.ª Brigada de Caballería, el C. Coronel Luis Mier y Terán, pasando al Estado Mayor del C. General en Jefe, y queda siempre internamente en el mando de la 2.ª Brigada de la 1.ª División de Infantería.—El Cuartel Maestro, Andrade.—C.—Peralta.

Orden general extraordinaria del cuerpo de ejército de Oriente del 4 al 5 de Abril de 1867, en Puebla de Zaragoza.

El cuerpo de ejército se pondrá en marcha a las tres de esta tarde, con excepción de la fuerza perteneciente a la División del Sur, que se ha designado para permanecer en esta plaza, y con excepción también de la 2.ª Brigada de la 2.ª División de Infantería, y los cuerpos de Puebla que se están organizando; tampoco marcharán los piquetes de Cholula, Atlixco y otros pueblos que han sido llamados últimamente.

La artillería marchará con las piezas y municiones que se le han designado. Una sección del Cuerpo Médico, con camillas, enfermeros y los útiles necesarios, saldrá con el Ejército, quedando el resto al cuidado de los hospitales establecidos en esta Ciudad. El C. General de División, Diego Alvarez, queda mandando las fuerzas que van a permanecer en esta Ciudad, de las que será Mayor General el C. Coronel Nemasio Quiñones.—La 1.ª División apoyará la cabeza en la garita de México, prolongándose sobre la izquierda; después de la 1.ª Brigada de esta tomará lugar la Artillería.—En seguida de la 1.ª División se colocará la fuerza del Sur que se ha designado para marchar y después seguirán las Brigadas de la 2.ª División de Infantería.—El parque y equipajes irán a retaguardia de la colum-

na.—La caballería marchará desde luego a situarse a los puntos de Tlaxcala, Santa Ana y San Pablo.—La Infantería pernoctará en la venta de Santa Inés Acatelco y Molino de Topotlan.—El Cuartel Maestro, Andrade.—C.—Machorro.

Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Con esta fecha digo al C. Ministro de Guerra y Marina lo que sigue:

•Ciudadano Ministro: En la mañana de hoy se han rendido los fuertes de Loreto y Guadalupe, sin condiciones de ninguna clase, con toda la artillería de su dotación; un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición. •Con la rendición de ambos fuertes ha quedado completa la posesión de la plaza y terminada la campaña en este Estado. •Hallándome expedito para nuevas operaciones, hoy emprendo mi marcha sobre las fuerzas de Don Leonardo Márquez, que según los partes recibidos, se halla a quince leguas de ésta.

•Lo que tengo el honor de participar a Ud., para su conocimiento y el del ciudadano Presidente, felicitándole por este nuevo triunfo obtenido sin derramar sangre.

•Y lo transcribo a Ud. para su conocimiento, y a efecto de que lo haga saber a los dignos habitantes de ese Estado. •Independencia y Libertad, Abril 4 de 1867.—Porfirio Díaz.—Ciudadano Gobernador del Estado de Oaxaca.

•El General en Jefe del Ejército de Oriente, a sus subordinados vencedores en Puebla: •Compañeros de armas! Quiero ser el primero en pagar tributo a vuestro heroísmo. La nación toda y la posteridad vendrá después a perpetuar vuestra gloria. •Habéis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre del 5 de Mayo. El 2 de Abril de 1867, se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

•Mucho esperaba de vosotros; os he visto acudir sin armas al llamamiento de la Patria para armaros en Miahuatlán y en la Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca con los fusiles quitados al enemigo. Habéis combatido desnudos y hambrientos, dejando a la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza. •Una plaza, no sin razón denominada invicta y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido a un solo empuje de vuestro brío. La guarnición toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria. •Soldados: Merecáis bien de la patria La lucha que la desgarrar no puede ya prolongarse. Acabáis de dar la muestra de vuestro valor irresistible. Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya: está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene sus hijos como vosotros.

•Intrepidos en el combate y sobrios en el uso de la victoria, habéis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo, y su gratitud por vuestra disciplina. •Qué General no tendría orgullo en hallarse a vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo.—Porfirio Díaz.—Zaragoza, Abril 5 de 1867.

EL ASALTO. Los preliminares del asalto se hicieron con el mayor sigilo, pero esto no obstante, en medio de la aparente calma de sitiadores y sitiados, se advertía una zozobra precursora de todos los grandes acontecimientos. El enemigo estaba vigilante, y atento a la señal los asaltantes, hasta que a las tres de la mañana ardió la hoguera en el cerro de San Juan, y las columnas, impetuosas, incontenibles, se lanzaron sobre muros y parapetos. La artillería causaba destrozos y el fuego era nutridísimo y continuo. Al brillar la aurora del día 2, Puebla estaba tomada, y se habían cubierto de gloria Alatorre, Santibáñez, que con notable arrojo tomó San Agustín, y en general todos los jefes que tomaron parte en tan brillante hecho de armas.

SOCIEDAD "Gratitud Nacional"

LISTA de las personas que en el presente mes tributarán honores ante los restos de los héroes de la INDEPENDENCIA depositados en la capilla de San José de Catedral. AÑO DE 1897.

- Dña 1.ª Sr. General Rosendo Márquez
2.ª Cibe «México y Cuba» «Hijas de Baire», Hatwey y Cuauhtemoc, «Morelos y Maceo.»
3.ª General Ignacio de la Peza.
4.ª Club «Sursum», de Tacubaya.
5.ª Nita Bernarda y Sr. Benito Morales.
6.ª Señoritas Julia Ayala, María Cid y Loreto Ortega.
7.ª Temar Gay y Julio Adeath.
8.ª Tomas Asarés Marín y Sr. Ricasa.
9.ª A. Cruz y capitán Gabriel Cruzes.
10.ª Familia Prado y Soriano.
11.ª Personal de la Imprenta y Litografía F. Díaz de León.
12.ª Instituto Metodista de la ciudad de Puebla.
13.ª Juan de la Orta.
14.ª José F. Rivera y Lic. Nicolás Meléndez.
15.ª Director, Redactores y empleados del «Abogado Cristiano».
16.ª Pompo «Jaz González y familia.
17.ª Magistrado Pulenciano Dorantes.
18.ª Lic. José Reyes Spínola y Manuel Oliviera Toro.
19.ª Dr. Zeferino Páramo.
20.ª Lic. Manuel Castelazo Fuentes.
21.ª Eugenio Zubiate.
22.ª Rafael Szvilla.
23.ª Leandro Izaguirre.
24.ª José Uribe y Troncoso.
25.ª Manuel H. Sanjón y diputado Eduardo Velázquez.
26.ª Macario González y personal de la Fotografía «De guerra.»
27.ª Agustín Darán.
28.ª Dr. José Iñigo.
29.ª Emigdio Gómez Talavera.
30.ª Manuel L. Martínez é hijos.
La hora de depositar las coronas es a las 12 del día, en cuya hora estará presente el Sr. Juan Espinoza de los Alcañanes, Presidente de la Gran Guardia Nacional, de los Caudillos de la Independencia.

La industria y el comercio en Comitán. A la cantidad de 251,200 pesos asciende la calificación que hizo de los giros mercantiles é industriales Junta graduadora de Comitán, Chiapas.

Disposición acertada. El Ayuntamiento de Guadaluajara, ha dispuesto que en todos los campanarios de los templos de Guadaluajara, se coloquen barandales de hierro, a fin de impedir las frecuentes caídas que se estaban registrando, de chicos que suben a las torres por el gusto de reparar y de ver el panorama de la ciudad desde las alturas.

Desear que toda innovación, es desechar toda mejora.—Benthum.

16 FILIOTFCA DE "EL IMPARCIAL" dijo Kenyon áspera y brevemente, volviéndole la espalda, como si allí hubiera tenido fin la discusión. Se inundó de ira el rostro del hombre alto. No quitó los ojos de él, temiendo que cayese sobre mi amigo; pero se contentó con echar al aire un voto, y así acabó el suceso. Mientras en esta conversación estábamos, la anciana se había despedido de su culto amigo, y echado a andar acompañada de la joven. Nuestro áspero italiano salió al encuentro del que había estado hablando con él en dirección diversa, y poco a poco desapareció de nuestra vista. Kenyon no me mostró intención de seguir a las dos mujeres, y a mí me dió vergüenza proponérselo; más no sé por qué imagino que iba yo disponiéndome a volver al diáspulo de San Giovanni. Pero no la ví más. No quiero decir cuántas veces volví en vano a la Iglesia. Ni a la hermosa joven ni a la anciana criada volví a ver mientras estuve en Turín. Varias veces nos encontramos en la calle con nuestro impertinente amigo, cuyo ceño arrugado no mereció de nosotros atención alguna; pero aquella dedicada criatura de la tez palida y los extraños ojos negros, no volvió a presentarse en mi camino. Sería absurdo decir que me había enamorado de una mujer a quien sólo había visto unos cuantos minutos, a quien nunca había hablado, cuyo nombre y habitación me eran desconocidos; pero debo confesar que, por lo que luego a mí hermosa, mujer alguna había hecho en mí hasta entonces la impresión que hizo ella. Hermosa como era, apenas podía decir que me atraía así y me fascinaba. Yo había conocido en mi vida a muchas mujeres hermosas; y sin embargo, por una leve probabilidad de volver a ver a aquella, me detuve en Turín, abusando de la paciencia del condescendiente Kenyon, hasta que, fatigado ya de mis esperanzas, me hizo saber que al punto no partamos, él se iba solo. Consentí al fin. Diez días habían pasado aguardando en vano volver a ver a mi desconocida. Recordé nuestras tentativas, y salimos en busca de nuevas aventuras. De Turín seguimos viajando camino Sur: a Génova, a Florencia, a Roma y Nápoles, y a otros lugares menores. Cruzamos de allí a Sicilia, y en Palermo, como lo teníamos concertado, nos embarcamos en el yachte de otro amigo. No habíamos andado con prisa en nuestro viaje, sino que en cada ciudad nos detuvimos cuanto nos pareció bien; de modo que cuando el yachte, terminada su excursión, nos devolvía a Inglaterra, estaba ya en sus últimos soles de verano. Muchas veces, muchas desde que allí de Tu-

rín, había pensado en la joven a quien ví en San Giovanni: tan amenable pensaba en ella, que yo mismo me parlaba de mi locura. Nunca hasta entonces había persistido tanto tiempo en mi memoria el recuerdo de un rostro de mujer. Algún extraño encanto debía haber para mí en aquella hermosura. Yo recordaba cada una de sus facciones, y a haber entendido de pintor, pudiera haberla retratado de memoria. Por extravagante que mi afición me pareciera, no podía yo ocultarme que, a pesar de no haberla visto más que breves momentos, la impresión que había causado en mí, en vez de debilitarse, se hacía más viva cada día. Me tuve a mal el haber salido de Turín antes de volver a verla, aunque para coseguirlo hubiese tenido que aguardar allí meses enteros. Me decía que mi salida de Turín me había hecho perder una oportunidad que sólo se presenta al hombre una vez en la vida. Kenyon y yo nos separamos en Londres. El fué a Escocia a cazar codornices, y yo, que no había decidido aún lo que haría en el otoño, determiné quedarme, por algunos días al menos, en la ciudad. ¿Fué obra de la casualidad ó del destino? En la mañana siguiente a mi llegada a Londres, tuve que ir por mis negocios a la calle Regent. Iba yo muy despedido por la anchura acera abajo, dejando vagar lejos de Londres el pensamiento; iba tratando de sofocar ciertos deseos loco que se había apoderado de mi mente: el deseo de volverme en seguida a Turín; iba pensando en la sombría Iglesia y en el hermoso rostro que desde hacía tres meses no abandonaban mi memoria. Y en el instante mismo en que con los ojos de la mente veía otra vez a la joven y a su vieja compañera en la sombra del templo, allí, en pleno Londres, levanté la vista, y en cuerpo y en alma las ví delante de mí. Grande fué mi asombro; pero ni un instante pensé que me engañaba. A menos que no fuera una ilusión ó un sueño, allí venía, caminando hacia mí, con su vieja criada al lado, aquella en quien había pensado con tanta insistencia. Dijérase que acababan de salir de San Giovanni. Había un ligero cambio en la apariencia de la anciana, vestida ahora más al estilo de las criadas inglesas; pero ella no ella estaba como cuando salí del templo de Turín. «Hermosa, más hermosa que nunca», se dijo mi corazón, que salió de quieto al verla. Pasaron junto a mí yo y mi vieja infortunadamente y las seguí con los ojos. «¿Era el destino! Puesto que había vuelto a hallarla de tan inesperada manera, entendería bien de no perderla de vista. No intenté esconder por más tiempo mis sentimientos. La impresión que sucedió todo mi ser al volver a hallarme frente a ella no me dejaba duda.

me sería recompensada con la perfección de mi cura, y en todo le obedecí. El método empleado en mi operación fué el más sencillo y seguro, el de solución ó absorción, que se emplea siempre que la edad del enfermo y la naturaleza de la enfermedad lo permiten. Cuando todo había acabado, y yo corría ya riesgo de inflamación; cuando, con ayuda de fuertes cristales convexos, podía ver ya cuanto necesitaba para los usos comunes, Mr. Jay se felicitó, y me felicitó a mí, aquella cura, me dijo, prometía ser la más afortunada de todas las suyas. Notable debió ser, en verdad; puesto que me dicen que todas las obras de oftalmología publicadas desprecian mi caso. No olvidaré por cierto mientras viva, aquella hora en que declararon mi cura terminada; que desataron las vendas que cubrían mis ojos, y me dijeron que podía usar otra vez mis ojos libres! Sentía yo en mi interior toda la luz del mundo: ígué alegría, despertar de aquella noche que parecía no tener fin, despertar y ver el sol, las estrellas, las nubes llevadas por el viento a través del hermoso cielo azul; ver las ramas verdes balanceándose a la brisa, reflejando su sombra móvil en mi camino; observar cómo la flor que era botón ayer, es hoy rosa abierta admirar el océano brillante, que inflama el sol poniente regular la vista en los cuadros, en las gentes, en las montañas, en los arroyos; conocer la forma, el color, los matices; ver, no sólo oír, los labios vivos y la risa de los que estrechan mi mano y me dicen palabras bonadonas! En aquellos primeros días de luz recién nacida el rostro de cada mujer, hombre y niño me eran tan agradables de ver como el de un amado amigo, ausente ha mucho tiempo y al fin vuelto! Lo que me aponaba de mí éxtasis eran aquellos horribros cristales convexos que desfiguraban mi rostro. —Y los tendré que usar siempre? pregunté con tristeza. —De eso quería hablarle, dijo Mr. Jay. Sin cristales, nunca podrá V. ver. Recuerde V. que yo le destruí, absorbido, disuelto en sus ojos los cristales que se llaman lentas cristalinos. Su lugar está ocupado ahora por el humor fluido, que es un cuerpo sumamente refractario. Es probable que si V. no cede a la naturaleza, ella ceda a V. Si usted puede dominarse y contenerla, ella vendrá a usted gradualmente. Nadia mejor que usted puede hacer esto: Usted es joven, no tiene ocupación constante; su vida no depende de su vista. Crístales siempre tendrá V. que usar pero si V. insiste en que la Naturaleza obre sin ayuda de ellos, lo probable es que la Naturaleza al fin consenta. Es un procedimiento tedioso; pocos han perseverado hasta el

fin; pero mis experiencia es que en eso, como en todo, vence el que persevera. Determiné vencer. Siguiendo su consejo, aunque con grandes molestias, usé unos lentes que apenas me dejaban entrever las formas vagas de los objetos, pero mi paciencia fué recompensada. Grado a grado, aunque con mucha lentitud, noté que mi vista iba siendo más segura, hasta que, al cabo de dos años, podía ver tan bien como las demás personas, sin más ayuda que la de unos cristales tan levemente convexos que apenas era posible percibirlos. Una vez más comencé a gozar de la vida. No puedo decir que en esos dos años no volví a pensar en aquella terrible noche; pero nada hice para descubrir el misterio, ni para persuadir a nadie de que aquellos sucesos no habían sido imaginación mía. Seputé en mi corazón la historia de mi aventura, y jamás volví a hablar de ella. Por si pudiese necesitarlos, escribí todos los detalles del suceso, y procuré apartar de mí la memoria de cuanto había oído. Todo lo pude olvidar, menos una sola cosa: no podía pasar mucho tiempo sin que me asaltara el recuerdo tenaz de aquel gemido de mujer, aquella dolorosa transición de la voz de la dulce melodía a la desesperación irremediable. Aquel grito turbaba mi sueño, cuando soñaba en los acontecimientos de aquella noche; aquel grito me resonaba en los oídos, al despertarme trémulo, pero agraciado, porque aquella vez, al menos, sólo estaba soñando.

CAPITULO III EL MEJOR MONUMENTO. Es primavera, la primavera hermosa del norte de Italia! Mi amigo Kenyon y yo andamos vagando por la ciudad rectangular de Turín, tan alegres y desocupados como en ciudad alguna anduvieron nunca un par de camaradas. Hemos estado en Turín una semana, tiempo bastante para ver cuanto ha de visitar un viajero que conoce sus deberes. Hemos visto a San Giovanni y los templos. Hemos subido, ó las buenas bestias de carga nos han subido, por la Superga arriba, y contemplado allí el mausoleo de los príncipes de la casa de Saboya. Más de lo que deseáramos hemos visto el viejo y enojoso Palacio Madama, que mira como con ceño a nuestro hotel, del otro lado de Piazza Castello. La sencillez y vulgaridad del Palacio Real nos han maravillado, y los grotescos adornos de ladrillo del Palacio Carignano nos han movido a risa. Hemos murmurado a nuestro sabor de la pobreza de la galería de pinturas. No nos queda, en suma, cosa que ver en Turín; y con el desdén que engendra la familiaridad, ya no